

Calendarios y almanaques mexicanos, 1850-1930. Vida cotidiana, impresos populares y publicaciones digitales

MARÍA DOLORES LORENZO RÍO
Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Los calendarios y almanaques han sido una fuente muy prolífica para la historia social y cultural, pues con el pretexto de registrar los días, los meses y los años, nos muestran el amplio abanico temático que acompañó a la gente común en el trajín cotidiano. Los calendarios publicados en México entre 1850 y 1930 son una morada material de los datos concretos e instrumentos pragmáticos que utilizaron los comerciantes, las *señoritas*, los administradores y los artesanos, entre otros grupos de la sociedad, para ejercer las actividades cotidianas. Estas ediciones son una referencia para estudiar los anhelos y los modelos ideales del comportamiento de finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

En las siguientes páginas ensayamos aproximaciones a los contenidos de los calendarios y almanaques que, por su naturaleza popular, nos recuerdan que los ambientes del pasado se reconstruyen a través de los significados, las actitudes y los valores. Si nos enfocamos en este tipo de impreso es porque estamos convencidos de que estos libros abren la puerta a la literatura de las “costumbres en común”, de las formas locales que codifican la ritualización de la vida cotidiana y de los registros de los consejos y máximas que organizan la vida de la personas, cuyos contenidos dotan de sentido la forma de hacer historia de la gente común.

Los calendarios y almanaques que año tras año publicaron algunos impresores han permanecido en los estantes de las bibliotecas como libros raros y como vestigio de la empeñosa labor de conservar este tipo de impreso. El afán por digitalizar estos

libros ha crecido en las últimas décadas,¹ no sólo porque son obras atractivamente curiosas para aquel que se acerca a sus contenidos, sino porque son una valiosa fuente documental que sintetiza los contextos socio-culturales de tiempos pretéritos.

La colección digital a la que nos referimos en este artículo la componen los calendarios y almanaques publicados en México entre 1850 y 1930; los libros están resguardados en el Fondo José Antonio Alzate de la Biblioteca Rafael García Granados, del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México. La biblioteca conserva todos los libros de la Colección de calendarios mexicanos, siglos XIX y XX, que consta de 244 calendarios y almanaques digitalizados, y que está abierta al público para su consulta en la siguiente página electrónica: <http://hsocial.historicas.unam.mx/index.php/calendarios/calendarios>.²

La utilidad del proceso de digitalización de los calendarios y almanaques mexicanos contribuye a conservar el patrimonio bibliográfico del país y facilita el acceso a esta fuente documental. Sin embargo, a pesar de las ventajas de contar con una versión digital de estos libros, el formato electrónico diluye el tamaño de los volúmenes, la tipografía y el tipo de papel, que forman parte central para el análisis de la materialidad de los mismos, por lo que consideramos que los estudiosos de estos impresos no pueden prescindir de la consulta *in situ* y que la digitalización es complemento útil, pero no exclusivo de esta fuente bibliográfica.

Para comenzar el recorrido temático por la colección de calendarios y almanaques, destaco algunas referencias puntuales sobre el carácter popular de estos impresos en México, el cual coincide con el notable crecimiento de la industria editorial del siglo XIX

¹ Para conocer otros catálogos, guías y digitalizaciones que sistematizan la consulta de estos impresos en México, véase: Alegría de la Colina, 2014; Estrada Carreón, 2013; Lama-drid Lusarreta, 1971. Esparza Liberal menciona que hay más de 1300 tipos de calendarios resguardados en la Biblioteca Nacional de México (2010: 136).

² La colección de Calendarios mexicanos siglos XIX y XX se realizó con el apoyo de la DGAPA en el Proyecto PAPIME: PE 401317, "Fuentes para el estudio de la historia social", 2017, y contiene 244 calendarios digitalizados.

(Quiñónez, 1994). Los estudios de este tipo de impreso señalan que la producción de calendarios en México comenzó durante el periodo colonial y proliferó después de 1820, cuando los sucesores de Zúñiga perdieron el monopolio de la impresión de calendarios en México. Ante la apertura de este mercado, la competencia entre los impresores se tradujo en una producción creativa, la cual atendió la diversa demanda y amplió la oferta hacia múltiples grupos de la población. Al respecto, María José Esparza Liberal sostiene que los calendarios ciertamente estaban dirigidos a los sectores populares, pero eran escritos por las élites empresariales con el propósito de instruir a la población (2010: 146). Cabe señalar que la popularización de los calendarios durante la segunda mitad del siglo XIX suscitó el detrimento de la calidad de la edición. Miguel Rodríguez menciona que, hacia la mitad del siglo XIX, a la par del proceso de “vulgarización” de los calendarios, estos expandieron sus temáticas según la diversificación de los públicos destinatarios (Rodríguez, 2009: 65-86). De esta manera, otra transformación registrada en este tipo de impresos entre 1850 y 1930 es la especialización que consiguió la producción de calendarios para públicos específicos. La edición de los calendarios, que comenzó como una especie de divertimento para los impresores, a lo largo del siglo XIX se fue convirtiendo en una actividad que exigía conocimientos certeros de lo que debía decir y lo que debía ocultar un calendario según la demanda del público especializado y la popularización del impreso (Suárez de la Torre, 2005: 77-92; Esparza Liberal, 2013).

En la Colección de calendarios mexicanos, siglos XIX y XX, sobresalen los impresores ubicados en la Ciudad de México y Puebla. En el caso de la capital, la imprenta con el mayor número de títulos fue la de Murguía; esta se mantuvo en el mercado de calendarios en México, cuando menos desde 1849 y hasta 1926, años en los que la colección digital resguarda diversos tomos de este impresor. También resalta la imprenta A. Boix y la imprenta de Vicente Segura; esta última publicó varios títulos, entre los que destacan el *Almanaque cómico, crítico, satírico y burlesco para todas las épocas, hombres y países hasta la consumación de los siglos* (1854) y *El almanaque de El Imparcial* (1900). En cuanto a las imprentas

poblanas, la de Miguel Corona Cervantes publicó varios tomos del *Calendario crítico-chistoso de El Perrito*, el *Calendario de Ntra. Sra. de Ocotlán* y el *Calendario tlaxcalteca*. Otra imprenta destacada en el mercado poblano fue la de José M. Osorio Viadas.

A pesar de la abrumadora mayoría de calendarios y almanaques publicados en la Ciudad de México y Puebla, en esta colección digital encontramos calendarios y almanaques producidos en otros estados, por ejemplo, hay varios tomos del *Almanaque potosino*, publicado por el notable impresor Antonio Cabrera en San Luis Potosí; en cuanto a los tomos publicados en Guanajuato, se digitalizó el de la imprenta Establecimiento Tipográfico de Eduardo Aguirre, que se tituló *Primer almanaque guanajuatense para el año de 1901*, y sobre el estado de Durango, forma parte de la colección el almanaque que editó Luis A. Lavié e imprimió José Rocha bajo el título *Almanaque descriptivo de la ciudad de Durango* en 1855.³

³ Otros editores e impresores de los calendarios en esta colección son: Alacena de D. A. de la Torre; Antigua imprenta de Murguía; C. de las Cagigas; Enrique Hine, Editor; Establecimiento tipográfico de Andres Boix; Establecimiento Tipográfico de Eduardo Aguirre; González y Compañía; Imp. Ancira y Hno., Imp. de Corna e Hijo; Imp. de J. R. Navarro; Imp. de José, Osorio Vidas; Imp. de José S. Rocha; Imp. de M. Murguía; Imp. Literaria; Imp. y Lit. de J. M. Osorio; Imprenta de A. Boix; Imprenta de A. González y Cía.; Imprenta de Ancona y Peniche; Besserer y Co.; Imprenta de Genaro Dávalos; Imprenta de I. Escalante; Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante; Imprenta de J. M. Lara; Imprenta de J. M. Aguilar Ortiz; Imprenta de J. R. Barbedillo y C. F.; Imprenta de José M. Osorio; Imprenta de Juan R. Navarro; Imprenta de la Escuela Industrial Militar; Imprenta de la Ilustración; Imprenta de los Editores (Díaz de León y White); Imprenta de Miguel Corona Cervantes; Imprenta de M. Esquivel y Compañía; Imprenta de M. Murguía y comp.; Imprenta de N. Chávez; Imprenta de Rivera Murguía; Imprenta de Simón Blanquel; Imprenta de Tomás S. Gardida; Imprenta de Vicente Segura; Imprenta del "El Mundo" y "El Imparcial"; Imprenta del Gobierno; Imprenta Económica; Imprenta Literaria; Imprenta y Litografía del Asilo de huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús; Impreso por el propietario (Juan N. Vega), Impreso por Leandro J. Valdés; Impreso por M. Árevalo; José María Sandoval, Impresor; Juan Valdés y Cueva y Fermin Pérez y Marquez, Editores; Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento; Santiago Pérez; Taller Tipográfico del Editor; Talleres Gráficos de la Nación; Tip. de la V. de Murguía e Hijos; Tip. de T. F. Neve; Tip. en el Parias Núm. 18; Tipografía del Gobierno en Palacio dirigida por Juan Molina; Tomás F. Neve y M. Villanueva Impresores.

Respecto de los formatos, hay de todo un poco; encontramos algunas impresiones realizadas en miniatura o como pequeños libros de bolsillo. Algunos almanaques y los calendarios fueron diseñados para utilizarse en trabajos de escritorio, estos últimos eran más de uso rudo y destinados a un público amplio; generalmente eran impresos en papel rústico. Las tapas solían ser más elaboradas que la portada, incluían grabados que acompañaban el título para hacerlo más atractivo, o bien, como un distintivo del impresor. Las contratapas podían contener información adicional de la imprenta y sus servicios o publicidad. Los menos de estos impresos destacan por su calidad tipográfica; así pues, entre estos libros, pocos resaltan por sus tapas de cuero y cantos en oro. De estas publicaciones que parecen cumplir con el gusto exquisito de los coleccionistas que conservaban, año con año, el registro de sus días, una muestra esmerada es el *Calendario de las señoritas*, en el cual su impresor revistió, con el atuendo más elegante, una pieza llena de formas y estilos populares.⁴

Los calendarios y almanaques resguardados en la Biblioteca García Granados, en su momento, fueron pensados para acompañar a las personas, guiarlas, instruir las, incitando a la reflexión y la carcajada.⁵ Algunos conservan huellas de estos acompañamientos cotidianos, como el *Almanaque guadalupano* de 1939, en el que se encuentra un párrafo manuscrito del escritor Federico Gamboa.⁶ Las notas al margen son resabios del pasado que bien valdría recuperar para hacer una historia de aquellas reflexiones escritas por los usuarios de calendarios.

Las cifras de los ejemplares editados variaron entre sí: algunos, los más sencillos, alcanzaron ediciones de 30,000, y de los más exquisitos, como el de *Calendario de las Señoritas*, sólo se editaron

⁴ Ver *Almanaque de las señoritas: para el año de 1878*. México: Imprenta del Gobierno, en Palacio, a cargo de Sabás Munguía, 1876.

⁵ De esa Biblioteca la Colección incluye también la digitalización del *Almanaque de "El Cometa"*, publicado en San José de Costa Rica, así como el *Almanaque del Asilo de Huérfanos*, publicado en Madrid.

⁶ *Almanaque guadalupano para 1938*, México: Ed. C. M. de Heredia, 1938, p. 39.

1,500 unidades. Por el precio y el tiraje, los calendarios se ubican como impresos de amplia circulación: el costo promedio era de un real y medio por cada ejemplar suelto. Considerando que ocho reales equivalían a un peso, y que un jornalero, una empleada de servicio doméstico o un obrero ganaban aproximadamente 3 pesos por mes, el precio no fue una restricción para adquirir un calendario. Además, los impresores contemplaron la venta de calendarios por mayoreo: docenas, cientos, gruesas y millares. A partir de 1891 los precios se ajustaron a la nueva denominación monetaria y, por cada ejemplar, los calendarios tuvieron un precio promedio de siete centavos; al mayoreo, el precio de tres ejemplares era de 15 centavos; seis calendarios se vendían por 25 centavos; una docena, por 50 centavos; 100 copias por cuatro pesos, o una gruesa, por seis pesos. Hacia la década de los años veinte del siglo XX, el precio de venta de un calendario era de 13 centavos y una docena se ofrecía por un peso.⁷ Con estos datos, confirmamos que el costo de estos impresos no significaba un gran gasto para la mayoría de los bolsillos.

La organización de los contenidos en los calendarios atendió la lógica de una publicación útil para un público amplio. De esta manera, en el cómputo de los días, los meses y los años, algunos calendarios brindan información tabulada de las divisiones del tiempo por año, y casi siempre se exponen fenómenos astronómicos, pronosticando para cada año eclipses, témporas, estaciones y canículas. La cuenta de los meses iniciaba con el santoral, posteriormente se integraban las fases de la luna, y los cambios en los signos del zodiaco, lo que sintetizaba aspectos regulares de la astronomía y la astrología. En algunos casos, entre los meses

⁷ *Segundo calendario tlaxcalteca para el año bisiesto de 1884 en prosa y verso por Sóstenes T. Lira, arreglado al Meridiano de Tlaxcala, Imprenta de M. Corona, Puebla, 1884; Calendario de José M. Osorio para el año de 1877 arreglado al meridiano de Puebla, Antigua Imprenta y Litografía de José María Osorio, Puebla, 1876; Calendario de José M. Osorio para el año de 1891 arreglado al meridiano de Puebla, Antigua Imprenta y Litografía de José María Osorio, Puebla, 1890; Calendario de José M. Osorio para el año de 1928 arreglado al meridiano de Puebla, Imprenta Económica, Puebla, 1927.*

se intercalaban textos breves, como máximas, oraciones y poemas. Otros textos de diversa índole acompañaban a estas publicaciones: así, encontramos en estos impresos fragmentos de novelas y obras de teatro, leyendas, partituras, grabados, escritos bíblicos, vidas de santos, consejos de belleza, recomendaciones para la economía doméstica, recetas, chistes y adivinanzas.

A diferencia de los calendarios, los almanaques están dedicados a temas específicos y presentan datos estadísticos que comprenden la información particular de una región. Se reunieron y publicaron imágenes vistosas, anuncios, caricaturas, litografías y mapas especializados sobre las ciudades de Durango, Puebla, Guanajuato, San Luis Potosí, entre otras poblaciones. En el caso de los almanaques, ofrecían información puntual acerca de los recursos naturales de una localidad; también hallamos almanaques que funcionaron como directorios mercantiles, guías temáticas, o bien, como referentes de la estructura de la administración pública local.

En los calendarios y almanaques, las notas cronológicas dataron fechas de carácter religioso-cristiano y efemérides notables de la nación liberal. Los registros son muy variados; por ejemplo, la creación del mundo y de la humanidad o la expulsión de Eva del paraíso. En estas notas se registraron las catástrofes naturales, y por supuesto, el santoral, que se ajustó a las disposiciones de la Iglesia católica. Los calendarios rememoran el natalicio y canonización de santos, mártires y evangelistas, así como el natalicio de los héroes patrios, lo cual da cuenta de la secularidad de una sociedad, que concibió el registro del diluvio bíblico de manera tan pertinente como el grito de Dolores. La incorporación de fechas cívicas e históricas, compaginadas con las fiestas religiosas, es un tema para analizar en los calendarios bajo el lente del proceso de secularización que caracterizó al México de finales del siglo XIX.⁸

Para una historia y análisis de las conmemoraciones, valdría la pena preguntarse y explicar por qué a partir de la década de

⁸ Rodríguez (2004) argumenta que, para 1850, la polarización ideológica en los calendarios dio lugar a la inventiva literaria en calendarios liberales o católicos (Cf. Connaughton, 2011: 143).

1880 se integró al calendario la celebración del 5 de febrero, que conmemoraba la promulgación de la Constitución de 1857, tan laica y secular, pero que en el registro del día se destacó la notable coincidencia con el festejo de san Felipe de Jesús, patrono de la Arquidiócesis de México; podríamos seguir con estas reflexiones y explicar por qué a lo largo del siglo XIX el natalicio de Miguel Hidalgo, fechado el 8 de mayo, va cayendo en desuso; también podríamos explorar cómo fue que durante la década de 1890 la conmemoración de la entrada del Ejército Trigarante a la capital en 1821 perdió relevancia y la celebración del 27 de septiembre dejó de marcarse como fiesta cívica.⁹

De la vida política, estos impresos dieron cabida a la exhibición de los valores cívicos y religiosos propios de los liberalismos de la época. Con un propósito pedagógico, el *Calendario de la democracia* señaló, en su primera edición, que el objetivo de ese impreso era, por un lado, conocer “el santo, mes y día en que vivimos”, y por otro, aquilatar la función de manual, “ameno e instructivo”, para introducir a los lectores en los “sacrosantos principios de libertad civil”.¹⁰ No es fortuito, pues, que los calendarios difundieran la imagen del ciudadano ideal, agente de la modernización. Los estereotipos reflejados en los impresos de la época nos permiten comprender lo que estaba bien visto y aquello desaprobado por la sociedad y su anhelo civilizatorio.

Como sucede en la esfera de lo cotidiano, los calendarios registraron la coexistencia de los asuntos cívicos y estatales con la tradición católica; visibilizan los referentes del gobierno de Dios

⁹ *Calendario crítico-chistoso de “El Perrito”*: para el año de 1892, arreglado al meridiano de Puebla, Imprenta M. Corona Cervantes, Puebla, 1892; *Primer calendario de la Purísima Concepción arreglado al meridiano de Puebla para el año de 1882*, Imp. de Corona e Hijo, Puebla, 1882; *Calendario del lenguaje de las flores para el año de 1881, arreglado al meridiano de México*, Antigua Imprenta de Murguía, Ciudad de México, 1881; *Almanaque de “El Imparcial”*, Imprenta de “El Mundo” y “El Imparcial”, México, 1901; *Calendario de artes y oficios para el año de 1858, que publica Santiago Pérez*, Imprenta de N. Chávez, 1858.

¹⁰ Un demócrata puro [pseud.], “Al Lector”, en *Calendario de la Democracia para 1851*, Impreso por Leandro J. Valdés, México, 1850, p. 3.

y del gobierno del César.¹¹ Por ejemplo, el *Segundo calendario religioso para el año de 1890*, publicado en la ciudad de Puebla, hace un recuento de las autoridades eclesiásticas de esta diócesis paralelamente al de la administración pública del Poder Ejecutivo del estado, en el cual se enlista a los jerarcas de la Iglesia local y a los integrantes del Poder Judicial, los empleados del Ayuntamiento, los respectivos jefes políticos y los establecimientos públicos (escuelas de educación superior, bibliotecas, hospitales, bancos, oficina del timbre, etcétera).

A lo largo del siglo XIX, la impresión de calendarios fue concediendo espacio a la publicidad de diversos productos de consumo popular o lugares particulares de mercadeo. En la década de 1850, los anuncios se colocaron en las últimas páginas del impreso, pero la estructura cambió y hacia las décadas de 1880 y 1890, los anuncios se integraron vistosamente en las primeras páginas. Es de notar también que, con la popularización del impreso, la publicidad de ciertos productos se hizo sistemática. Los anuncios de algunas tiendas de abarrotes, droguerías, boticas, almacenes, fábricas de hilos, papelerías, sastrerías o ferreterías (incluso tiendas departamentales, como El Palacio de Hierro) se convirtieron en imágenes recurrentes para ciertos calendarios, lo cual es un indicio de las formas de financiamiento que idearon los impresores a través de sus anunciantes para la publicación de calendarios.

La propaganda de comercios y servicios específicos respondió a las necesidades y demandas locales. Por ejemplo, los comerciantes de Durango encontraron en el *Almanaque descriptivo de la ciudad de Durango* anuncios de servicios de transporte y distribución de productos de México a los Estados Unidos. Dichos anuncios, además, presentaban versiones en español, inglés y, en algunos casos, en alemán, lo cual nos refiere a la dinámica de la

¹¹ Miguel Ángel Hernández Fuentes, en su artículo "Construyendo una temporalidad moderna. El caso de los calendarios mexicanos, 1821-1850", elabora un estudio historiográfico de la configuración temporal de los calendarios. Argumenta que, en estos impresos, se muestran las fechas que la sociedad civil consideraba como importantes, en voz de los editores (2012: 51-62).

sociedad de frontera de esta localidad en México.¹² En el caso del *Calendario Católico*, se publicitaron escuelas privadas que impartían educación católica y libros de texto con contenidos religiosos.

Desde otro enfoque, ¿qué nos pueden decir los calendarios y almanaques acerca de la economía, del mundo del trabajo y los servicios mercantiles? En estos impresos era común que se colocara información de carácter práctico acerca de los sueldos y salarios o de las distancias y tiempos de traslado, así como las respectivas medidas longitudinales. Encontramos datos pertinentes para analizar cuestiones mercantiles, industriales o agrícolas, presentados de manera sintética en tablas y cuadros; por ejemplo, el de los sueldos de algunos oficios o el cálculo mensual de intereses. En algunos calendarios, como por ejemplo los de Murguía o los de Osorio,¹³ los editores publicaban las distancias entre una ciudad y otra. En el caso del *Almanaque Coahuilense*, no sólo los sueldos y salarios están registrados, sino que se incluyen listas de precios de algunas mercancías y de distintos servicios comerciales, entre ellos, los días que tardaba la correspondencia y las diligencias de una ciudad a otra.¹⁴ En los calendarios se publicó el costo de los fletes según las distancias que recorría el Ferrocarril Mexicano; también se brindaba información respecto del traslado y las paradas que hacía el tren entre México y Veracruz. A partir de 1880, los calendarios integraron las nuevas líneas de los ferrocarriles y las conexiones, por ejemplo, desde México hasta Saint Louis, Missouri.¹⁵

En otros temas contenidos en los calendarios, resulta especialmente interesante explorar el ideal de la mujer refinada que pro-

¹² Luis A. Lavie, 1885, ed. *Almanaque descriptivo de la ciudad de Durango. Para el año de 1885*, Imprenta de José Rocha, Durango, pp. 34, 35 y 38.

¹³ *Calendario de M. Murguía, para el año 1855. Arreglado al meridiano de México*. [Ciudad de México], Imprenta de M. Murguía y Comp., 1855, pp. 63-64; y *Decimosesto calendario religioso de José M. Osorio para el año de 1879. Arreglado al Meridiano de Puebla*, Puebla, Antigua Imprenta de José María Osorio, 1879, pp. 61-63.

¹⁴ Amado Prado, 1886, ed., *Anuario coahuilense para 1886 por Esteban L. Portillo*, Saltillo, Tipografía del Gobierno en Palacio, pp. 77 y ss.

¹⁵ *Almanaque de "El Imparcial"*, México, Imprenta de "El Mundo" y "El Imparcial", 1901.

mueven los calendarios para señoritas: *el Almanaque de las señoritas*, *el Calendario de las señoritas* y *El calendario de las señoritas mexicanas*. En estos impresos, se plasma, ante todo, el anhelo de las buenas madres y esposas. El espacio natural de estas era la casa, y por eso era indispensable que las mujeres supieran manejar adecuadamente las labores domésticas; así, los calendarios incluían una gran variedad de recetas — en su mayoría postres —, lecciones para el cuidado, lavado y teñido de diversos tipos de telas, e incluso se incluyeron en algunos casos láminas desplegadas con diversos diseños y patrones, que pretendían mejorar las habilidades de bordado de las mujeres. Además de las labores domésticas, estos calendarios contenían recomendaciones para procurar la belleza femenina a través del uso de cremas faciales, maquillaje y tintes para el cabello, los cuales se hacían de manera casera y se daban instrucciones para elaborarlos. Es así que el ideal de la mujer no sólo se encontró en los manuales de moral de la época, sino en la disposición organizada del tiempo de las “señoritas” propuesto en los calendarios y almanaques.

Otra de las funciones del calendario fue el divertimento, y lo que se concibió gracioso o digno de burla dependió enteramente del contexto cultural, social y lingüístico de la época. Los temas recurrentes en el humor nos revelan mucho acerca de las comunidades que consumían este tipo de publicaciones (Wilk-Racieska, 2009: 54-55). Aunque no todos los calendarios contaron con secciones destinadas a juegos, notas humorísticas o adivinanzas, muchos calendarios dedicaron algunas páginas a estos temas jocosos en la parte final del libro. La sociedad se reía de sí misma y, en una sociedad católica como la mexicana, abundaron los relatos satíricos, chistes y poemas cómicos relacionados con la moral cristiana; asimismo, las relaciones de género y de clase están inmersas en los fragmentos que reproducen estas secciones de los calendarios.

Son frecuentes los chistes relacionados con el matrimonio, por ejemplo, aquel publicado en el *Calendario de la risa* de 1855, en el que un marido lee acerca de un hombre que fue castigado por sus pecados al ser poseído por un demonio que no le permitía

hablar, ante lo cual implora a Dios que si un demonio como ese se apoderara de su mujer no hiciera nada para evitarlo.¹⁶ Aparece en los calendarios un tipo de humor combativo en la arena política. El *Calendario Liberal*,¹⁷ por ejemplo, satiriza y se burla de diversos grupos políticos y personajes públicos, con el objetivo de desacreditarlos en su función gubernativa.

No podía faltar en un impreso popular la crítica social incisiva hacia los ricos y poderosos que despreciaban y abusaban del pobre. Un ejemplo excepcional lo podemos encontrar en el *Almanaque cómico, crítico, satírico y burlesco para hombres de todas las épocas y países. Para el año de 1857*. Esta publicación estructura sus contenidos de acuerdo con los elementos que ya hemos descrito, pero el humor que tergiversa todo posibilita la crítica social de la manera más aguda. Por ejemplo, en el tomo de 1857, el año según señala el calendario comienza en “Enero que tiene 31 días, de placeres y diversiones para los ricachos que andan en coche, y 31 mil siglos para los que todo carecen.”¹⁸

Por todo lo anterior, creemos que el resguardo físico y digital de esta colección de calendarios y almanaques es una oportunidad para la creatividad del historiador, que puede entresacar aquello que permanece enterrado en el pasado de estos libros; además, no cabe duda de que son impresos de una literatura ingeniosa, con astutas narraciones de los saberes populares que resultan generalmente tan atractivos como curiosos. Quienes participamos en este proyecto creemos haber contribuido con una fuente que incita la imaginación histórica y acerca al lector a sociedades pasadas, en un recorrido por los anhelos y tribulaciones de la vida diaria en el México de los siglos XIX y XX.

¹⁶ *Calendario de la risa para 1855, arreglado para el meridano de México*, Imprenta de Vicente Segura, 1855, p. 12.

¹⁷ Liberato Garabato Panzacola, *Segundo Calendario Liberal*, arreglado al meridiano político de la federación para el año de 1853, Imp. de Vicente Segura, México, 1853.

¹⁸ *Almanaque cómico, crítico, satírico y burlesco para hombres de todas las épocas y países. Para el año de 1857, hasta la consumación de los siglos*, Imprenta de Vicente Segura, 1857, p. 15.

Bibliografía citada

- ALEGRÍA DE LA COLINA, Margarita, 2014. "Presentación" en *Calendario de las Señoritas Mexicanas. 1838, 1839, 1840, 1841 y 1843*. CD. México: UAM, Unidad Azcapotzalco.
- CONNAUGHTON, Brian, 2011. "Impressions du Mexique et de France/ Impresiones de México y de Francia, Lise Andries y Laura Suárez de la Torre (coords.)", *Secuencia* 79: 140-148.
- ESPARZA LIBERAL, María José, 2010. "Los calendarios mexicanos del siglo, una publicación popular". *Boletín de Monumentos Históricos*, 3ª época, 18: 132-146.
- , 2013. "Calendarios Mexicanos en torno a 1857: imágenes del conflicto". *Caiana* 3: 1-15. En línea: http://caiana.caia.org.ar/template/caiana.php?pag=articles/article_2.php&obj=128&vol=10 (consultado el 7 de diciembre de 2017).
- ESTRADA CARREÓN, Luis Enrique y Laura HERRERA SERNA, 2013. *Bibliografía de almanaques, calendarios, guías de forasteros... e impresos afines (1776-1910)*. Biblioteca Nacional de Antropología e Historia y Manuel Orozco y Berra del INAH. México: Facultad de Estudios Superiores Acatlán, UNAM.
- HERNÁNDEZ FUENTES, Miguel Ángel, 2012. "Construyendo una temporalidad moderna: el caso de los calendarios mexicanos, 1821-1850." *Revista Fuentes Humanísticas*. Dossier. Año 25, número 45: 51-62.
- LAMADRID LUSARRETA, Alberto, 1971. "Guía de forasteros y calendarios mexicanos de los siglos XVIII y XIX, existentes en la Biblioteca Nacional de México", *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 6: 9-136.
- MORALES CARRILLO, Alfonso, 2000. "La Patria portátil: 100 años de los calendarios mexicanos". En *La leyenda de los cromos. El arte de los calendarios mexicanos en el siglo XX en Galas de México*. México: Museo Soumaya, 9-31.
- QUIÑÓNEZ, Isabel, 1994. *Mexicanos en su tinta: Calendarios*. México: INAH.

- RODRÍGUEZ, Miguel, 2004. "La Democracia y El Reaccionario. Calendarios mexicanos de la época de la 'Reforma' (1855-1861)". En *Centros y periferias: prensa, impresos y territorios en el mundo hispánico contemporáneo: homenaje a Jacqueline Covo-Maurice*. Coord. Nathalie Ludec y Françoise Dubosquet Lairys. Pessac: Presse, Imprimés Lecture dans l'Aire Romane (PILAR) / Institut d'études ibériques et ibéro-américaines.
- , 2009. "Les calendarios mexicains face et le 'beau répertoire d'almanachs illustrés offerts par de l'Europe et en particulier la capitale de la France'". En *Impressions du Mexique et de France: imprimés et transferts culturels au XIXe siècle*. Coord. Lise Andriès y Laura Suárez de la Torre. París-México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Maison des Sciences de l'Homme.
- SUÁREZ DE LA TORRE, Laura Beatriz, 2005. "Los impresos: construcción de una comunidad cultural. México, 1800-1855". *Historias* 60: 77-92.
- WILK-RACIESKA, Joanna, 2009. "La comunidad de la risa". En Eduardo Parrilla Sotomayor (comp.), *Ironizar parodiar, satirizar. Estudios sobre el humor y la risa en la lengua, la literatura y la cultura*. México: Ediciones Eón / Tecnológico de Monterrey.